

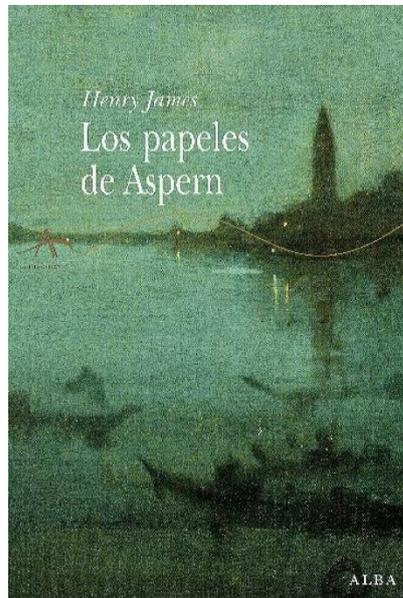


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

LOS PAPELES DE ASPERN

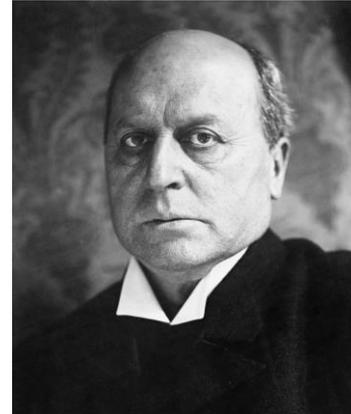


Henry James

Murcia

Henry James

Escritor estadounidense expatriado, cuya narrativa magistral aúna la inocencia americana y la experiencia europea en una obra intensa y psicológicamente compleja. Henry, hermano menor del distinguido filósofo William James, nació el 15 de abril de 1843 en Nueva York. Estudió en Nueva York, Londres, París y Ginebra. En 1875, se estableció en Inglaterra y en 1915 obtuvo la nacionalidad inglesa. Recién cumplidos los veinte años comenzó a publicar cuentos y artículos en revistas de Estados Unidos. La



obra de James se caracteriza por su ritmo lento y la descripción sutil de los personajes, más que por los incidentes dramáticos o los argumentos complicados. Sus libros principales, modelos de la novela objetiva psicológica, tratan del mundo ocioso y afectado que conoció de cerca mientras vivió en Europa.

En sus primeros relatos y novelas, James manifiesta el impacto que la vieja cultura europea causó en los americanos que viajaban o vivían en el viejo continente. Ejemplos de esta fase, escritos entre 1875 y 1881, son Roderick Hudson (1876), El americano (1877), Daisy Miller (1879) y Retrato de una dama (1881). Después exploró los tipos y costumbres del carácter inglés, como en La musa trágica (1890), Los despojos de Poynton (1897) y La edad ingrata (1899). En sus últimas tres grandes novelas, Las alas de la paloma (1902), Los embajadores (1903) y La copa dorada (1904), vuelve al esquema del contraste entre las sociedades europea y americana. En general, el estilo de sus últimas obras es complejo, revelando oblicuamente los motivos y conducta de sus personajes por medio de sus conversaciones y a través de las observaciones minuciosas que se hacen entre sí. A pesar de que el diálogo significativo es característico de su estilo literario, sus obras de teatro fracasaron, aunque varias de ellas fueron dramatizadas o llevadas al cine con éxito, incluyendo dos de sus muchos relatos, Los papeles de Aspern (1888) y Otra vuelta de tuerca (1898), además de Washington Square (1881), una de sus novelas más famosas. James murió el 28 de febrero de 1916, en su casa de campo de Rye, Sussex.

Fue un autor prolífico y a lo largo de los 51 años de su carrera escribió 20 novelas, 112 relatos y 12 obras de teatro, lo que significa que publicó uno o más libros al año hasta el final de su vida. Su obra incluye, además de la ficción, un gran volumen de crítica literaria en el que pone de manifiesto su admiración por los novelistas George Eliot y Honoré de Balzac. La reputación de James como figura clave en las literaturas inglesa y estadounidense no llegó a consolidarse hasta la década de 1940. La detallada descripción de la vida

interior de sus personajes le convierten en uno de los precursores del monólogo interior.

RESEÑA

solodelibros | 18 NOVIEMBRE 2009

Los papeles de Aspern se cuenta entre las más exquisitas *nouvelles* de Henry James por lo sutil de su trama y la variedad de matices que el escritor introduce en sus personajes. Y es que el libro es una auténtica maravilla en lo que a introspección psicológica se refiere, ya que James consigue construir tres protagonistas sublimes con unas pinceladas sencillas, pero llenas de inteligencia y profundidad.



Ilustración de Riccardo Vecchio para *The New Yorker*

La historia de la novela es muy sencilla: el narrador, un innominado editor, viaja hasta Venecia para tratar de hacerse con el legado de Jeffrey Aspern, un ilustre poeta. Allí, en una mansión decadente y aislada de la sociedad, habita una antigua amante del poeta, la señora Bordereau junto con su sobrina de mediana edad. El editor confía en conseguir los papeles que cree que la dama aún tiene en su poder ganándose su confianza, o bien la de su sobrina. Con estos mimbres tan escasos el escritor da forma a una obra mayúscula, en la que la relación entre el narrador-protagonista y la más joven de las señoras se convierte en eje de toda la novela.

La habilidad de Henry James para la penetración psicológica es llevada aquí a cotas inconmensurables. La sobrina de la señora Bordereau, una mujer que ha dejado atrás la juventud pero que no ha disfrutado de ninguno de sus placeres, ve en la llegada del editor una oportunidad para disfrutar de la vida que se le está escapando mientras cuida de su tía. Su carácter tímido y contradictorio va conformando el retrato de un ser humano vencido por el compromiso adquirido, por la devoción que debe a la persona que se ocupa de su bienestar; una mujer con unas terribles ganas de vivir, como el desenlace (sutil, pero contundente) de la obra sugiere, pero que observa el paso de su existencia desde el margen en el que se ha visto arrinconada. El editor, por el contrario, encarna la figura de un hombre dominado por una pasión muy poco sensual: poseer el material que Aspern dejó tras de sí, sin reparar en gastos ni caer en la cuenta del mal que puede causar con su anhelo.

El tramo final de la obra pondrá frente a frente esas dos concepciones vitales, diferentes en lo accesorio pero coincidentes en lo fundamental: la necesidad de tener una pasión que nos haga sentir vivos. James retrata a sus protagonistas como víctimas de sus deseos, si bien el romanticismo de la señorita Bordereau se opone de manera radical a los intereses mundanos del narrador; de hecho, el final de la novela así lo confirma.

Lo grandioso de estos personajes es su construcción minuciosa, su complejidad humana, su hondura psicológica: la trama sólo sirve como excusa para poner de relieve las contradicciones mundanas y las miserias cotidianas que padecen. Incluso la propia anciana Bordereau, casi incapacitada para moverse, vive dominada por la pasión de un amor que no ha dejado morir y que la enajena hasta el extremo de idolatrar la figura del poeta Jeffrey Aspern. Los tres protagonistas, de un modo u otro, verán desvanecerse sus sueños de forma inexorable, aunque el autor nunca deja entrever si es el destino o su propio fervor lo que les consume.

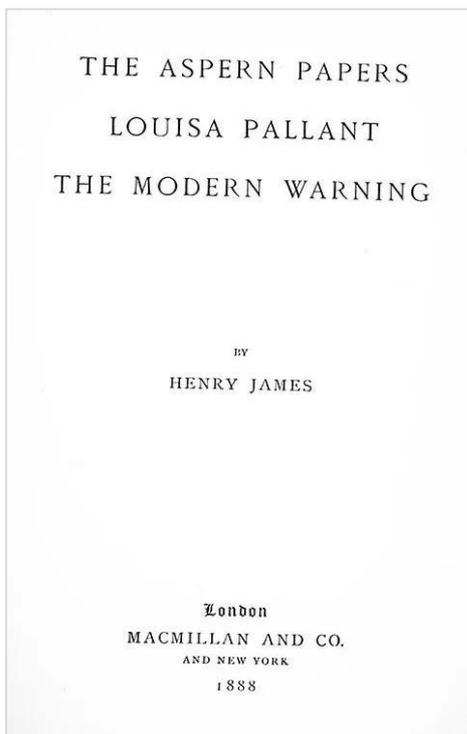
En resumidas cuentas: una obra de perfección casi total, con unos personajes elaborados con primor envidiable. Los papeles de Aspern es, sin duda, una de las más grandes obras de Henry James; una novela que alcanza cotas altísimas de exploración psicológica y que constituye una lectura obligada para cualquier enamorado de la buena literatura.

LA IRRESISTIBLE ATRACCIÓN DEL PASADO

CICUTADRY | 24 ABRIL 2017

Cuando se lee detenidamente a Henry James, o a los sucesivos Henry James que fueron derivando en su estilo y en su concepción narrativa hacia una mayor riqueza técnica, abrumba su poderosa atemporalidad, esa extraña capacidad que tienen tan pocos escritores de parecer que lo que escribieron fue publicado ayer mismo.

Tal vez en sus novelas más complejas esta sensación se atenúe un tanto, porque el escritor Henry James se impone de tal forma, con tal rotundidad, que supera a la propia historia que cuenta. Pero cuando leemos su narrativa más breve, y en especial sus novelas cortas, tenemos esa curiosa sensación de que el libro podría reposar en la mesa de novedades actuales de cualquier librería.



Tal es el caso de Los papeles de Aspern (1888), uno de esos cuentos que parecen novelas cortas, y que como él mismo escribió en su cuaderno de trabajo, se trata de una “anécdota” que le refirieron durante una visita a Florencia, una anécdota digamos sustanciosa de la que él extrajo sus máximas posibilidades pero siempre dentro del estricto marco de los hechos, dejando al lector la tarea de sacar sus propias conclusiones acerca de los sentimientos e intenciones, no muy loables, de los tres personajes que centran la atención de la trama.

A su vez la anécdota viene precedida del momento en que James captó las posibilidades de una buena historia a partir de un hecho que relata así en uno de sus prefacios a la edición de sus obras en Nueva

York:

De alguna forma, desde el primer vistazo, consideré romántico que Jane Clairmont, la medio hermana de Mary Godwin, la segunda esposa de Shelley y, durante un tiempo, amiga íntima de Byron y madre de su hija Allegra, hubiera estado viviendo en Florencia, donde llevaba residiendo desde hacía mucho tiempo y durante la misma época que yo, y que, de hecho, si yo lo hubiera sabido un poco antes la habría podido ver en persona.

Fue como una especie de encontronazo con el pasado -ella debía ser muy longeva para entonces- como para haber tenido a su disposición toda una época remota que él admiraba y de la que ella, por fuerza, debía tener grandes recuerdos. Por ello prosigue en su prefacio:

La emoción de enterarme de que habíamos coincidido y el asombro de pensar que, sin duda, en los meses anteriores había pasado sin saberlo una y otra vez por delante de su casa, en la que ella habría estado sentada, en su cotidianidad y al alcance de la voz, me daba todo lo que yo necesitaba.

El propio James se pregunta a continuación si, de haberlo sabido a tiempo, se hubiera atrevido a visitarla. Esta suposición se vio enriquecida con la “anécdota” que posteriormente conoció y a la que nos referíamos al principio: existía la leyenda de que un tal capitán Silsbee de Boston sí la había hecho, y se había hospedado en la casa, con la fea intención de apropiarse de cuantos recuerdos materiales guardara la legendaria dama. Sin embargo, en el despreciable proceder de este hombre veía algo tosco que él enmendó, de alguna manera, escribiendo una novela basada en estos hechos.



Plaza de San Marcos, Venecia (cromolitografía, 1890)

Para ello trasladó la acción a Venecia, un lugar mucho más evocador de un pasado decadente, e inventó un poeta norteamericano, Jeffrey Aspern, muerto hacía mucho tiempo, cuya amante, ya muy anciana, vivía en un ruinoso palacio veneciano junto a una madura sobrina solterona.

Para Henry James, la verosimilitud de un relato partía de la correcta elección del punto de vista, y en este caso, optó por el relato en primera persona narrado por un editor de Nueva York, gran estudioso de Aspern y que se encuentra con la misma posibilidad que tuvo Henry James con la esposa de Shelley y amante de Byron: conoce a una persona que puede franquearle las puertas del palacio y tener la oportunidad de acercarse a su mito, a través de quien vivió con él.

La elección de un yo narrador abre las posibilidades de la trama hasta límites que sólo escritores como Henry James se pueden permitir, porque sabemos las intenciones del estudioso, empezando por la sibilina idea de solicitarle a la venerable anciana, precaria en recursos económicos, el arrendamiento de algunas habitaciones del enorme palacio vacío durante un tiempo, alegando una larga estancia en Venecia, pero sin desvelar en ningún momento su perentorio interés por el poeta.

Pero lo que no sabemos es lo que se oculta detrás de las casi infranqueables puertas del palacio. Pronto comprobará que la sobrina solterona es un mero títere de la anciana, sin voluntad y con un bagaje vital casi nulo, y que la mujer de Jeffrey Aspern, Juliana, es una viejecita sentada en un silla de ruedas que baja rápidamente de su estatus de venerable en cuanto acepta la propuesta del editor pidiendo una cantidad desorbitada de dinero por tres meses de estancia.

Haciendo un gran esfuerzo económico, el americano acepta tal vez admirado por la prestancia de Juliana, cuyos ojos quedan tapados con un velo verde (y por tanto, no puede contemplar los ojos que contemplaron y amaron a Aspern), pero cuya avaricia parece responder a que ha adivinado las verdaderas intenciones de su huésped.

Éste, a su vez, deja atrás la suposición de que ella guarde viejos recuerdos para aferrarse a una idea más terca que le perseguirá durante toda su estancia: ella debe tener recuerdos muy valiosos y él puede hacerse con ellos, aunque esa actitud altiva y roñosa de Juliana le indica que no va a ser fácil convencerla. Además, un comentario fortuito dicho de pasada por la tímida sobrina (¿realmente fue fortuito?) viene a decirle que su tía está muy enferma y puede morir en cualquier momento. El mitómano que habita en el estudioso, cada día más ávido en sus pretensiones, lo lleva a la conclusión de que es posible que queme o se deshaga de esos recuerdos antes de su muerte, lo que haría inútil y desesperante su estancia en el palacio.

De nuevo pasamos a ese juego favorito de James que podríamos denominar Lo que el editor sabía, porque tanto tía como sobrina se muestran inaccesibles durante semanas, y si ya se antoja complicado acceder a los ansiados recuerdos que, para él, deben existir, más difícil lo hace el hecho de que ni siquiera puede hablar con las habitantes de la casa.

Entonces es cuando el erudito empieza a maquinar un plan para llegar a esos papeles, no exento de malicia, y también cuando comienza a ser respondido por la anciana con no menos malicia e interés descarado, porque ella parece estar hecha de capas, y como los sarcófagos egipcios, cuando cree haber quitado el sello a uno, aparece otro bien sellado dentro, de modo que siempre se está en la superficie.

La extensión de la novela es perfecta para obtener los efectos que James busca crear en el lector: la incertidumbre del editor, su pronta inclinación hacia maniobras no del todo limpias pero no del todo indignas, la interpretación que de ellas hace la sobrina, conocedora en un momento dado de las verdaderas intenciones de su inquilino y cuya conducta pasa a ser tan oscura como oscuras son las pocas apariciones de la anciana portando ya, por fin, reliquias del glorioso poeta que pone delante de las narices a su admirador pero a un precio tan desorbitado, que ella misma sabe que no puede pagar.



Gran Canal de Venecia (1890)

Ojalá que todos los relatos que se escriben se hicieran como éste, con esa capacidad de surtir de información al lector justo en la dosis exacta y en el momento oportuno, que cuando parece haberse agotado una vía, abre otra más intrincada, más angustiosa, que desemboca en un final que sólo puedo calificar de impactante.

Los papeles de Aspern, naturalmente, no es un relato policíaco, pero tiene mucho más interés que la mayoría de los que he leído porque utiliza los mismos recursos de la gran novela negra para una trama bien alejada de cualquier pretensión de suspense. Pues no olvidemos que fue escrita en 1888; de ahí su extraordinario valor. Henry James fue un maestro en la utilización de cuantos recursos narrativos necesitara la trama para dar los frutos que él deseaba, y en esta ocasión, para oportunidad de aquellos lectores que no se acercan al escritor norteamericano por su fama de autor difícil, escribió un relato que, sin complejidad alguna, posee ya todos los ingredientes que tan sabiamente manejaba el autor y que gustan por el interés creciente de la historia dirigida hacia un final inesperado.

Henry James estuvo inventando en el siglo XIX todos los elementos que posteriormente serían característicos de la novela del siglo XX y XXI, y a uno le gusta pensar que acaso lo hizo sabiendo que ese era su destino.